

jerigonza ridícula, cuando escriben mal, segun acon-
tece harto á menudo, de lo cual estamos dando qui-
zás una prueba lastimosa, escribiendo hoy peor que
de costumbre, por lo mismo que escribimos de me-
tafísica.

doctrinas, sino de una oposición amorosa.
mucho cariño que profesó á la metafísica y al señor de
Campomanes, á quienes la creída sin razón para ello,
poco bien tratados en nuestro referido artículo, y por
cuya gloria la querida volver.
Pero nosotros no negamos esta gloria, solo hemos
precautado poner las cosas en su punto y redactar á la
convencional proporción algunas hipótesis, que mas
bien se han presentada para hacer gala de ingenio,
que no para introducir en el ánimo de los hombres,
como utilidades y certezas verdaderas.
La metafísica es la ciencia del pensamiento, y por lo
tanto es base de todas las metafísicas aplicadas.
de al estudio del lenguaje, que debe producir una lengua
gramatical general, y aplicada singularmente á nuestro
idioma castellano, hacer que se escriba de este idioma
una excelente gramática, donde aprendiéramos el por-
que y el cómo de cada una de estas artes y modo de hablar,
pero siempre según el uso de la misma lengua.
Y si por acaso hablásemos de otra, esto dependería del
uso del sentimiento intuitivo é intelectual, que cam-
bia las lenguas, con modificaciones, con variaciones.
Inquiere cuanto pueda apuntado, que si las metafísicas
son buenas, esencias, contribuyan, como tales, á la
perfección ó conservación del idioma; tal como pueden
y suelen contribuir á portarlo ó convertirlo en una

mayor de pasado, tan árduas y elevadas asuntos. Por
otra parte, un artículo sobre Dios, el origen de las

SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFIA
EN LAS UNIVERSIDADES.

Por desgracia, los artículos de *El Pensamiento Espa-
ñol* tienen no poca transcendencia política, y por ello
nos creímos en la obligación de contestarles. Habiendo
deposado el principal ataque de *El Pensamiento* en
contra el ministerio, porque consistente, aplaude y pre-

Con el título de *textos vivos*, está publicando *El
Pensamiento Español* una serie de artículos en contra
de los más afamados catedráticos de la Universidad
central. Dicho periódico trata de persuadir al pio y
cándido lector de que los tales catedráticos son unos
impíos, ateístas, panteístas ó egoteístas, y de que el
Gobierno hace muy mal en no quitarles las cátedras,
aunque las hayan ganado por oposicion y sean propie-
dad de ellos. Si á esto sólo se redujese el intento del
periódico neo-católico, no saldriamos nosotros á la pa-
lestra, tomando parte en la discusión. Los señores ca-
tedráticos ofendidos contestarian, si juzgaban á *El
Pensamiento Español* verdaderamente digno de entrar
en una polémica filosófica, que lo dudamos, sin que
por ello pensemos en ofender al mencionado periódico.
Su índole y su condicion de *diario*, escrito de prisa
como todos, no son lo más á propósito para tocar, sino
para

muy de pasada, tan árdulos y elevados asuntos. Por otra parte, un artículo sobre Dios, el origen de las ideas, lo infinito y lo finito, el pensamiento, el ser, y otras cosas por el estilo, se despegaría y hasta bramaría de coraje de verse junto á otro artículo sobre política, ó sobre lo que por lo comun se llama política en España.

Por desgracia, los artículos de *El Pensamiento Español* tienen no poca trascendencia política, y por ello nos creemos en la obligacion de contestarles. Harto sabemos que el principal ataque de *El Pensamiento* va contra el ministerio, porque consiente, aplaude y premia en la universidad las mayores impiedades, y harto sabemos que el sincerarse de esta acusacion ante el público, y el poner un correctivo á lo que dice *El Pensamiento*, es más inmediato deber de la prensa ministerial que de nosotros. Pero si la prensa ministerial no cümple con este deber defendiendo á la situacion de su pretendida complicidad en la propaganda del ateísmo ó del egoteísmo, nosotros, sin defender á los ministros, que ni siquiera de un modo indirecto y nada comprometido, se atreven á indicar, por medio de sus órganos en la prensa, ó que están en favor de los profesores, ó que creen en el mal que *El Pensamiento* señala y procuran ponerle remedio, vamos á defender nuestras ideas: la libertad filosófica, la libertad del pensamiento humano en las sublimes regiones de la ciencia, y vamos á demostrar que el estudio de la filosofía moderna no repugna á la religion católica, y que los señores catedráticos pueden admirar y

seguir hasta cierto punto las doctrinas de Krause, de Hegel y de Fichte, sin dejar de ser católicos muy probados y ejemplares.

No entraremos, porque ni nos sentimos capaces de ello ni este periódico es á propósito para semejante controversia, no entraremos á discutir con *El Pensamiento Español* sobre el ateísmo, egoteísmo ó panteísmo, que á los filósofos alemanes arriba citados atribuye audazmente, sin haber examinado sus doctrinas con detencion y tal vez sin haber leído sus obras. No queremos incurrir en la falta de respeto con que los místicos *à l'uso* tratan la ciencia más profunda y aniquilan de una plumada el inmenso trabajo y la colosal reputacion de unos hombres eminentísimos que consagraron al estudio una larga, honrada, noble y virtuosa vida. No queremos tratar *cavalièrement* á Hegel, á Fichte y á Krause, y tacharlos, sin entenderlos y sin oírlos tal vez, de sándios, de presumidos, de pedantes, de inmorales y de irreligiosos. Para esto se necesita ser *místico à l'uso* y parodiar aquel verso de la Atalia:
Je creins Dieu, cher Abner, et n'ai point d'autre crainte.

Pero de algun modo hemos de empezar nuestro raciocinio, y así supondremos que Hegel, Fichte y Krause son impíos, no son cristianos buenos y ortodoxos. ¿Se deducirá de aquí que todo el que siga las doctrinas de estos filósofos sea impío como ellos? Nos parece que no. Platon, Aristóteles, Zenon, Crisipo, Porfirio y otros muchos, entre los griegos, eran impíos, ó panteístas, ó materialistas, y no por eso los padres y

doctores de la Iglesia han dejado de aceptar bastante de sus doctrinas, preciándose de platónicos, de estoicos ó de peripatéticos. Es más; S. Clemente de Alejandria ha llegado á decir que las doctrinas de los tales filósofos fuéron para los gentiles una preparacion evangélica, correspondiente á lo que fuéron la ley y los profetas para los judios. «Así como Dios, dice el santo, dió profetas á los judios, queriendo que se salvaran, así dió á los griegos filosofia, la cual los encamina hácia Cristo, como á los judios la ley.»

Es claro que S. Clemente, que define la filosofia como Ciceron, *el conocimiento de las cosas todas por sus causas, en cuanto el hombre puede conseguirlo por medio de la luz natural*, no ha de entender, al hablar con tanto encomio de la filosofia griega, que es un simple método dialéctico, una mera arte sofistica. San Clemente y todos los buenos católicos han tenido siempre otra idea más alta de la filosofia y del poder de la razon humana. En ella han visto algo de revelacion divina y de comunicacion del espíritu con el Verbo, verificada naturalmente. «A nadie se oculta el Verbo, dice á este propósito el santo citado: el Verbo es una luz general que brilla sobre todos los hombres; el Verbo está difundido sobre todas las cosas.»

Resulta de aquí que la fe y la razon, la religion y la filosofia, tienen idéntico origen y fundamento idéntico en Dios, siendo como dos revelaciones hermanas, que no pueden contradecirse y que de hecho no se contradicen. Nadie niega que, filosofando, valiéndonos del natural discurso, podemos caer en errores: tambien

partiendo de la doctrina religiosa podemos incurrir en falsas consecuencias; pero esto, así como no invalida la religion, tampoco invalida la buena y recta filosofia, de suyo excelente, y aportadora de algo divino á la naturaleza del hombre, puesto que el conocer es lo que más le hace semejante á Dios, de quien es la más acabada obra. Ni se diga que la filosofia fué buena y útil mientras no hubo la luz del Evangelio, pero que ya es inútil y hasta peligrosa, con aquella luz sobrenatural. La filosofia y la religion giran, permítasenos la comparacion, como dos astros en distintas órbitas, aunque dentro del mismo sistema, é iluminados por el mismo sol eterno, si bien con diversa intensidad y de diverso modo, y ambas iluminan á la vez diversos espacios del infinito mundo del espíritu. Condenar á la filosofia, cegados de un intransigente fanatismo, seria lo propio que si anhelásemos, por amor de la dulce y amorosa luz de la luna, apagar de un soplo el alegre y radiante esplendor del lucero del alba.

Ni el catolicismo es una filosofia, ni la filosofia es, ni puede ser jamás una religion. Hay dos grandes abismos en el alma del hombre que no se colman con una sola de estas cosas, sino con ambas. Absurdo, horrible es querer privar al hombre de religion; pero tambien es absurdo, aunque no tanto, porque no todos los hombres han nacido para la ciencia, ni la ciencia es el pan cotidiano de todo espíritu, el querer acabar con la filosofia. Y de hecho es querer acabar con la filosofia el condenarla toda, á no ver en ella una mera arte sofistica para discurrir y sacar corolarios

sobre la doctrina cristiana. ¿Cuándo ha sido, cuándo se ha reducido á esto la filosofía? La filosofía, no sólo tiene otro modo de proceder muy independiente, sino que asimismo gran parte de los problemas, que pretende resolver ó que resuelve, carecen de datos en las religiones positivas, por donde su resolución pueda lograrse, ni rastrearse siquiera. La creencia y la ciencia son dos cosas muy diferentes que responden á diversas facultades, potencias, virtudes ó energías del alma humana, á saber; la fe y la razón, el pensamiento y el sentimiento, el alma discursiva y el alma afectiva. Unas veces concurren ambas cosas en un mismo objeto, aunque partiendo de diversos puntos y procediendo de distinto modo, y entonces mutuamente se corroboran. Otras veces, aunque no se contradicen, no es posible que coincidan y se den auxilio, porque aunque vayan al mismo término y al mismo objeto final, no tienen la misma forma, ni se encuentran en el mismo progreso de su marcha, ni se ven juntas en la contemplación y el estudio de los mismos objetos intermedios. La religión y la filosofía tienen el mismo fin, la unidad, lo absoluto, lo indivisible, lo eterno, Dios: pero la religión nos lleva á unirnos con él en alas de la fe y con los lazos del amor, y la filosofía propende á conocerle y á penetrar su oculta naturaleza, por medio del discurso que él mismo nos ha dado.

«Esta relación entre la religión y la filosofía, dice uno de los más brillantes discípulos de Hegel, hace que no pueda haber oposición absoluta entre ellas, porque negándose ó excluyéndose la una á la otra, niegan el

mismo objeto y acaban por negarse á sí mismas. Así, pues, una filosofía que no viese en la religión sino una institución accidental y puramente humana, una obra del interés y de la astucia, se pondría en oposición con la historia y con el principio de la historia, es decir, con el espíritu humano, y por el espíritu humano, con el espíritu divino.»

Hemos buscado expresamente esta declaración donde no hay términos filosóficos oscuros que pudieran recibir una interpretación torcida. En ella declara el más ferviente discípulo de Hegel, en un país de completa libertad, donde no hay necesidad ni interés en velar las impiedades, que es una filosofía contraria al espíritu humano y al espíritu divino, una filosofía falsa é indigna la que niega la religión. ¿Cómo concilia esto *El Pensamiento Español* con sus afirmaciones de que Hegel es un impío, un ateo, ó por lo menos un panteísta? ¿Cómo ha de negar á Dios quien no niega la religión revelada?

Será una pretensión atrevida querer conocer á Dios por medio de la razón natural; pero esta pretensión no es pecaminosa. A Dios le conocemos por la fe, por la revelación; con Dios podemos unirnos por la caridad; pero ¿será impío, será digno de los anatemas de *El Pensamiento* el propender á conocer también á Dios por medio del discurso? ¿Ha sido acaso la filosofía alemanesca, como *El Pensamiento* la llama, la primera que ha concebido este deseo? ¿No le concibieron todos los filósofos, desde Pitágoras hasta ahora? ¿No han definido su ciencia, todos ó al menos los verdaderos y

grandes, un apetito de conocimiento divino, un saber de las cosas divinas y humanas, un asemejarse á Dios en cuanto al hombre le es posible, y hasta un anhelo infinito de unirse con Dios?

El empeño que muestra *El Pensamiento* de explicar esta union del espíritu divino y del espíritu humano, segun la doctrina de los filósofos alemanes, como una negacion de Dios y un endiosamiento del hombre, es un empeño malo, que sólo puede apoyarse en una interpretacion vulgar y groserísima de los términos y razonamientos científicos. Censurar de egoteista á Hegel porque afirme que cuando el entendimiento se pone en Dios y piensa en Dios, no se pone ni piensa en una sombra suya, sino en el mismo Dios, á quien se une, como si fuera una sola cosa con él, valdria tanto como censurar á los místicos cuando por medio de la fe y del amor se unen intimamente con el objeto infinito que los inspira, y se aniquilan y como que se confunden con la divina esencia.

El odio de *El Pensamiento Español* á la filosofía alemana y á los profesores españoles que la han estudiado le ciega hasta el punto de ver impiedades y ofensas terribles á la religion aún en los principios más religiosos de la mencionada filosofía. La omnipresencia de Dios en el universo, de Dios que le llena y le penetra todo, le parece panteísmo; la aspiracion al conocimiento de Dios por medio de la razon, que se uniria místicamente á su objeto, como se une el alma por la caridad, y que constituiria el verdadero gnóstico, le parece egoteísmo; y el deseo de conocer y de investigar los

modos del Sér Divino y su oculta naturaleza, término de la ciencia, por medio de la ciencia, le parece ateísmo.

El único medio de pasar por religioso para *El Pensamiento Español* es, por lo tanto, no pensar en nada, creer maquinalmente lo que nos enseñan; es no tener pensamientos sino sólo sentimientos é instintos religiosos. *El Pensamiento Español*, creyendo poner un sambenito y una coraza con llamas y diablos pintados á los señores catedráticos de la Universidad central, ha condenado al mismo castigo á todos los filósofos griegos cristianos, desde S. Justino hasta S. Juan de Damasco, y á todos los filósofos de la iglesia latina, desde S. Anselmo hasta Mallebranche. En todos ellos hay algo que ha venido á desenvolverse y á metodizarse con el tiempo en esa filosofía germánica, que él tanto condena, y que, á pesar de sus errores, porque la razon es falible y está sujeta al error, se halla animada del espíritu del cristianismo. Este, si bien no es una filosofía, vivifica la filosofía, como vivifica toda obra del espíritu; por donde la filosofía moderna no puede menos de formar parte de la filosofía cristiana y de llamarse filosofía cristiana, como cristiana es nuestra civilizacion y cristianas son nuestras costumbres, á pesar de las manchas y lunares propios de nuestra frágil condicion y de nuestra original flaqueza. Que Hegel, que Fichte, que Krause hayan tenido discípulos impíos, esto nada prueba. Arrio fué discípulo de los Santos Padres y de los varones evangélicos, y Voltaire estudió en un colegio de jesuitas. No es esto decir que nosotros comparemos á Hegel, ni á Krause, ni á Fichte con los

jesuitas de ahora, ni que tampoco los absolvamos de todo pecado contra nuestra santa fe; esto es asegurar que en gran parte pueden ser seguidas sus doctrinas sin dejar por eso de ser buen católico quien las sigue, y que muchos impíos como Bauer, Stirner, Strauss, Feuerbach y otros, no son impíos porque son discípulos de Hegel, sino porque son impíos.

Ya veremos otro día si *El Pensamiento Español* da algunas pruebas, más positivas que estas, de la impiedad de los catedráticos de la Universidad central, ó si sólo quiere, con exclamaciones, suspiros, lamentos y otras melancolías, arrojar de sus cátedras á dignos é ilustrados profesores y hacer que suban á ellas algunos sacristanes ignorantes y enemigos de la libertad, del progreso y de toda idea propia del siglo presente.

II.

Vamos hoy, á fin de evitar interpretaciones torcidas, á exponer ligeramente, y despojadas de todo aparato científico, algunas de nuestras ideas sobre la filosofía, y á contestar luego á la acusacion de hegeliano que *El Pensamiento Español* dirige contra el Sr. Canalejas. Bueno es, con todo, decir que el Sr. Canalejas no es hegeliano, sino krausista, lo cual no importa lo mismo, como en su número del 11 supone *El Pensamiento*, sino que importa una notabilísima diferencia, como el propio *Pensamiento* reconoce en su número del 7, llamando á la doctrina de Krause *panteísmo moderado* y á la de Hegel *panteísmo puro*. Despues demostraremos que ese *panteísmo moderado* no es más que *panteísmo*,

esto es, la doctrina filosófica que afirma la existencia de Dios en todo lugar por penetracion y no por identidad de sustancia. Así dejaremos probado que el señor Canalejas, y por consiguiente el Sr. Sanz del Rio, llegan por el proceso científico de su discurso al mismo término de lo que sabemos y creemos por fe; al conocimiento de que Dios está en todas partes, llenándolo todo; de que en Dios nos movemos, vivimos y somos, como decía el Apóstol; de que, como decía S. Agustín, yo no tendria sér si no estuviese en Dios, y ninguna cosa de las que son seria, si Dios en ella no fuese. «Son algo, añade el santo en otra parte, porque tú les das el sér que tienen, porque te tienen á tí; y no son nada, porque no son lo que tú eres.»

Cualquiera de las anteriores frases, traducida al lenguaje moderno de la filosofía alemana, seria condenada como panteísta por los neo-católicos. Esto no es cavilacion nuestra. Ya la experiencia ha venido en apoyo de lo que afirmamos, en un caso bastante parecido. El excelente y elocuentísimo Sr. Castelar, que, cualesquiera que sean sus opiniones políticas, no se ha de negar que es una persona sincera y fervientemente piadosa, fué tan perseguido y acosado por los neos como panteísta, que se llenó de escrúpulos y se ofuscó hasta el extremo de apartar el universo de Dios y de aislarle, no dejando presentes en él sino las leyes de la inteligencia divina. Los mismos neos, y si no los mismos neos, otros, se volvieron entonces contra el Sr. Castelar, culpando la alucinacion en que le habian hecho caer, y declarándole ignorante del Catecismo, el cual

enseña que Dios está en todo lugar, por esencia, presencia y potencia.

Ya hemos dicho que es superior á nuestro saber y á nuestro ingenio é impropio además de un periódico diario el entrar en el estudio detenido de la filosofía alemana, para juzgarla y condenarla como panteísta; por lo cual hemos dado por supuesto que lo es. La tésis que sostenemos, y téngase esto bien en cuenta para que no haya confusiones, no es verdaderamente filosófica y científica; es práctica; la tésis que sostenemos es que los señores catedráticos de la Universidad central pueden seguir en gran parte esa filosofía alemana, sin ser impíos, sin ser anti-religiosos, como Feuerbach, Stirner y Bauer.

La filosofía es una aspiración á la ciencia única, un afán de explicarlo todo por medio de la razón, un propósito de anudar los conocimientos humanos á un principio fundamental é inconcuso, del cual no sea cuanto se sabe sino desenvolvimientos y deducciones. Que esta aspiración, que este afán, que este propósito sean posibles ó no, es cuestión que no nos incumbe dilucidar aquí. Baste saber que son ingénitos y naturales en el hombre. Naturalísimos son también los errores que de ellos nacen; pero cuando estos errores son involuntarios, cuando no pasan de la teórica, de la especulación á la vida, más bien merecen calificarse, por severo calificador que tengan, de inocentes, de inofensivos extravíos, que no de peligrosas aberraciones y de abominables pecados. Esto explica nuestra aparente contradicción ó más bien la vaguedad en que hemos deja-

do la impiedad ó la piedad de los filósofos alemanes. Si nos atreviésemos á hablar verdaderamente de filosofía, si esta fuera ocasión y este lugar conveniente para filosofar, quizás hubiéramos dicho resueltamente que Hegel, Krause y Fichte, los tres filósofos que hemos citado, son, los dos primeros, panteístas más ó menos exagerados, como Schelling, y el tercero, un término medio, ó mejor dirémos un término de transición entre el panteísmo de los ya mencionados filósofos y el idealismo de Kant, maestro de todos ellos y origen de la reciente y maravillosa agitación filosófica de Alemania.

El que escribe estos artículos, no solo no es filósofo, sino que no cree en la filosofía, como ciencia primordial, fundamental y única; cree en ella como un resultado inevitable de la actividad humana, como un producto del espíritu, como su encarnación en la historia y su aparición en cada siglo y en cada pueblo, según las diferentes fases y el desenvolvimiento y carácter que va tomando la civilización. Que sobre esto haya una filosofía perenne, como la llamaba Leibnitz, lo dudamos, ó mejor dicho lo negamos, á no ser que se busque en la mente divina, donde permanece incomunicable y oculta. Pero si no hay un sistema completo é intachable, si la ciencia primera, concebida en su total perfección, no existe, si en cada teoría hay muchos errores al lado de cada acierto y de cada verdad, y si, aún de estas verdades, muchas hay incompletas ó confusas, todavía la filosofía es amable y es útil y es necesaria para el progreso y mejora del linaje humano,

cuyo saber, cuya moral, cuyas creaciones artísticas y cuyo modo de ser social y político, se fundan y se perfeccionan, al través de contradicciones y cambios, en esa aspiración de ciencia y en las incompletas verdades que en sí contiene. Esto quiere decir, en lenguaje más vulgar aún, que la razón es falible y débil, pero que, para las cosas que dependen de la razón y á las que hemos de llegar por medio del discurso, no hay otro medio de que valerse, si no es la razón, por débil y falible que sea.

— 31 Dos importantes consideraciones se originan de lo que acabamos de exponer. La primera, que la grande trascendencia de la filosofía sobre la vida práctica, sobre las creencias, las leyes y las instituciones, no es del modo vulgar y grosero que *El Pensamiento* fantasea y que le mueve á perturbar las conciencias de los padres de familia, excitándoles á que no envíen á la Universidad á sus hijos, á fin de que no se perviertan y se hagan súbditos del diablo. La segunda es que esta misma filosofía, contra la cual tanto se declama, así como fué antes de Cristo, á pesar de sus errores y extravíos, una *preparación evangélica* para recibirle, así es despues de Cristo, aún en aquellos sistemas que más adversos parece que le son, un desarrollo científico de las mismas ideas cristianas, un fruto precioso del alma de la humanidad, fecundada por la grande esperanza y por el anhelo de perfección infinita que puso en ella el Evangelio.

— 32 Para entender mejor la primera consideración, conviene hacerse cargo de que el primer problema de la

filosofía es hallar la explicación del origen de las ideas, mostrar racionalmente, sin apelar á un milagro ó sin limitarse á lo que nos dicta el sentido común, la relación que hay del sujeto al objeto; pasar del sujeto al objeto, cuando es idealista la anterior filosofía, ó reivindicar el valor del sujeto, cuando la filosofía es sensualista. Estos problemas, que atraen de una manera irresistible la atención de los pensadores, no están resueltos en las Divinas Letras, ni era menester que Dios nos los declarase, dejándonos omniscios y ociosos, sin que el discurso que nos ha dado nos sirviese para nada, sino para cosas materiales y ruines. No se ha de extrañar, pues, que los hombres traten de resolver estos problemas, forjando teorías más ó menos acertadas, y según las cuales son llamados ó sensualistas, ó panteístas, ó idealistas, inclinándose sin remedio á uno de estos tres lados, á no ser que pretendan guardar un término medio y vengan á llamarse espiritualistas. Muy largo de explicar sería, pero es lo cierto que, en el momento de la historia de la filosofía en que vivimos, el espiritualismo y el eclecticismo ó sincretismo filosófico casi vienen á confundirse. Los grandes filósofos son tachados de idealistas, de panteístas ó de sensualistas, y se espera á alguno que eleve el espiritualismo á la altura á que el moderno movimiento filosófico ha elevado los otros sistemas. Entre tanto, los espiritualistas, ó se hacen eclécticos, y van á espigar, por decirlo así, en el campo de sus enemigos, componiendo sus teorías con fragmentos de las otras, ó tienen que retroceder á Descartes, Bossuet, Newton y Leibnitz, y suponer que

desde entonces no se ha adelantado nada, lo cual es falso á todas luces. Para esto seria menester hacer caso omiso del escepticismo de Hume, de la crítica negativa de Kant, y de la maravillosa teoría de lo infinito del hebreo Spinoza. Todos estos son pasos que ha dado el espíritu humano, dejando profundísimas huellas que no pueden borrarse y abriendo nuevos caminos. Los espiritualistas no pueden, pues, quedarse atrás ó venir por medio de sus contrarios hasta donde están sus contrarios: tienen que adelantarse con movimiento é impulso propios.

Mientras esto no se logre, no se ha de extrañar que Bonald (neo-católico) sea tachado de panteísta como Hegel, y que Donoso Cortés sea tachado de sensualista, como el baron d'Holbach ó como Cabanis. Por la fe, por el sentimiento, hay, sin duda, un abismo entre estos hombres; por el pensamiento filosófico, se tocan. Ni vale decir que sentada una premisa las consecuencias son idénticas siempre, porque hay diversos modos de deducir consecuencias, y en las consecuencias prácticas no interviene sólo como instrumento la razón, sino también la fe, la imaginación y el afecto. Santo Tomás, doctor de la Iglesia, pasa por idealista como Fichte; Malebranche, piadosísimo y fervorósísimo cristiano, pasa por panteísta como Spinoza.

La segunda consideración há menester también de comentario. La filosofía moderna es un desarrollo científico de las ideas cristianas, es filosofía cristiana hasta en sus errores, como son cristianas las heregías; pero de diferente modo y con muy otra independencia. A no

ser así, confundiríamos la teología dogmática con la filosofía. Ambas se valen de la razón como instrumento; pero la primera tiene por primeros principios los revelados sobrenaturalmente, y la segunda, los que son innatos en el alma, y los que vienen á ella natural é inmediatamente del mismo Dios: las formas del entendimiento y lo absoluto. Es, sin embargo, cristiana la filosofía, porque sigue la dirección, y se mueve con el impulso que imprimió el cristianismo á todos los seres humanos, animándolos con una esperanza infinita, y haciéndolos capaces de un progreso, más allá de cuyos últimos límites estará el cristianismo siempre, sin que nada se le adelante. Esto es lo que no quieren ó no saben entender esos hombres de poca fe y de miras estrechas, á quienes llaman neo-católicos.

La utilidad de la filosofía independiente, de la obra de la razón aparte de la obra de la fe, es evidéntísima. La fe da la intuición de ciertas ideas, pero no las determina científicamente. El hombre de fe, que no es filósofo ó que vive en una época no filosófica, tiene que revestir de imágenes lo dictado por la fe, y tiene que acomodarlo al grosero sentir del vulgo para que el vulgo lo perciba.

La filosofía es la que educa al vulgo y le prepara para que comprenda de una manera digna ese dictado. En este concepto podemos decir, por ejemplo, que la filosofía ha agrandado la idea de Dios, ha hecho su conocimiento más cumplido. Desde el Dios que tiene que pintar Isaias para que le entienda el pueblo hebreo, pueblo bárbaro y sanguinario, que pedía al cielo en

sus oraciones que le diese poder estrellar contra las peñas á los hijos pequeñuelos de sus enemigos; desde el Dios que baja de la cumbre de Edom, caminando con majestad en la muchedumbre de su fuerza, y con las vestiduras teñidas de sangre, por haber pisoteado á los pueblos en su ira, como el pisador pisa las uvas en el lagar, hasta el Dios de Bossuet, de Newton ó de Leibnitz, nos parece que media alguna distancia. La distancia, con todo, está en la imagen, en la forma, no en lo que ha ganado el objeto, sino en lo que ha ganado el sujeto que ha de comprenderle. Bossuet, Newton y Leibnitz, no han *corregido* el Dios de los hebreos, lo que han *corregido* es el espíritu humano para que mejor le comprenda. Por el mismo orden se puede discurrir sobre la malhadada expresion del Sr. Canalejas, que tantas exclamaciones patéticas ha inspirado á *El Pensamiento*.

Nuestro Señor Jesucristo no quiso hablar por parábolas ni explicar de un modo oscuro, sino de un modo terminante y claro, sus preceptos morales. Pero en los tratados de moral, en la deducción científica, racional y metódica de aquellos preceptos, cabe más ó menos bondad, segun el tiempo en que se escribe y la persona que escribe. Así, por ejemplo, puede uno creer y afirmar que *El Destino del hombre* y *La Instruccion para la vida bienaventurada* de Fichte, son tan morales, son tan sublimes y tan bellos, que corrigen los tratados del P. Sanchez sobre *Matrimonio*, *Gritos del infierno*, del P. Boneta, *Estragos de la lujuria*, del P. Arbiol, y *Casos raros de vicios y virtudes* de no recorda-

mos qué otro padre: hasta casi se puede aventurar la opinion de que dichas obras de Fichte valen más que el *Lárraga*.

Este artículo se va haciendo demasiado largo, y así desistimos por hoy de nuestro propósito, y dejamos para otro dia el hablar de Hegel, á quien tan despiadadamente trata *El Pensamiento Español*, y el justificar al Sr. Canalejas de lo poquito que pueda tener de hegeliano, y hasta de su admiracion por el inmenso talento de Hegel, pecado en que incurrimos tambien nosotros, creyéndole el más grande pensador (aunque se enfade *El Pensamiento* por *jalousie du métier*) que ha habido en el mundo desde Platon hasta ahora. Dirémos, con todo, aquí, para tranquilizar algo la piedad alborotada de *El Pensamiento*, que, por confesion é interpretacion de Saisset, uno de los mayores adversarios de Hegel en Francia, uno de los que más en sentido panteista interpretan sus doctrinas, Hegel asegura que *el cristianismo es la sola religion completa, la sola verdadera, la sola evidente por sí misma*, y que *los que llamamos misterios de la religion cristiana, son las leyes absolutas de las cosas, oscuras para los sentidos, absurdas y contradictorias para el entendimiento, claras y armoniosas para la razon*. Ya ve *El Pensamiento* que el delito principal de Hegel no es negar el cristianismo; es querer explicarle: es el delito comun á toda filosofia; es el afan ingénito de nuestra alma por alcanzar una razon superior que disipe todas las oscuridades, y que resuelva todas las dudas, y que concilie todas las contradicciones del entendimiento.